

LA MAR Y LAS LETRAS



El reciente mundo de la literatura sobre el mar, el del periodismo náutico, -éste último casi inexistente en nuestro país-, siempre ha sido dominado por los anglosajón. Sin embargo, durante siglos, especialmente en aquellos que España se constituyó en la primera potencia marítima del mundo, nuestras narraciones fueron magníficas, aunque prácticamente desconocidas por el grave inconveniente de que se guardaron en los espléndidos archivos de Indias y Simancas, además de en las diferentes sedes que tuvieron los archivos de la Amada, hasta que por fin se instalaron en el Viso del Marqués, en la provincia de Ciudad Real, y en el Museo Naval de Madrid.

Poco a poco, pero sobre todo gracias al esfuerzo de la Editorial Naval y al Ministerio de Defensa, tras su adaptación al castellano moderno, se han ido publicando estos fabulosos trabajos de precisión, aventura e interés histórico marítimo, entre ellos la historia marítima española de Cesáreo Fernández Douro, el verdadero padre de nuestra literatura naval.

En la actualidad, nuestra literatura de mar ha evolucionado de forma proporcionada a la creciente llegada de gentes a la mar, contando al día de hoy con excelentes autores que escriben sobre ella: es verdad que no por dinero. En general, los que nos dedicamos a esto lo hacemos por afición y pasión por el medio, unido al gusto que da ser capaz de contar algo colocando unas letras detrás de otras con cierto gusto y sentido.

Pero nuestro país es tierra de tópicos y la gente de la "literatura" apenas sale de Obrahan, Stevenson o Conrad: sin embargo son muchos los marinos que se convirtieron en extraordinarios escritores, caso como el del argentino Vito Dumas, mi paisano Julio Villar, o gentes como el francés Bernard Moitessier, el británico Chichester, o cualesquiera de los relatos de grandes maestros de la literatura, tales como el Relato de un Naufragio de García Márquez, muchos libros de Pío Baroja, el Trafalgar del canario Benito Pérez Galdós o Madera de Boj de Camilo José Cela, además de algunos de los miles de libros que se han editado sobre travesías por el mundo.

A nuestra literatura de mar le vino muy bien la contribución que hizo a ella mi amigo Arturo Pérez-Reverte con su Carta Esférica, fruto de la pasión que siente por la navegación y los barcos. El que autores de su prestigio y número de ventas hablen de la mar es muy importante, pues la acercan a gentes que quizás de otro modo no le habrían prestado atención. Pero quizás sea menos conocido para los mallorquines más jóvenes el fenomenal libro de mar que escribió Camilo José Cela Conde, titulado, Hay Alguien Delante; un trabajo que cuenta la durísima regata que realizó entre Palma y Cerdeña "comiéndose una castaña" en el Golfo de León, y que me regaló en mis tiempos de la Revista Bitácora, y que, lógicamente, conservo con afecto y cariño.

En Mallorca hay gentes que escriben muy bien sobre la mar, como es el matrimonio formado por Elena Pipó y José Luis Miró, fundadores de Mallorca Press y la Gaceta Náutica. O Javier Barceló, que nos deleita en la Revista General de Marina. También Enrique Soureda de la Escuela Náutica, pendiente de sus gratos relatos de barcos. O mi amiga Yolanda Llinás, con una tradición en su trabajo que se remonta ya a varios lustros. Además del siempre polémico y genial José María Quiroga, que levanta tantos odios y pasiones como yo, pero que realiza su trabajo con independencia y rigor, como no pude ser de otra manera para quien trabaja de periodista. No me olvido del fenomenal trabajo que viene haciendo Chema Sans desde hace 30 años, con sus acertados análisis de todo lo que afecta a las regatas. Lo que no es tan conocido es su talento como dibujante de mar, cuyo ejemplo os traigo hoy con este artículo.

Sin embargo es necesario que los medios de comunicación formen a periodistas en temas de mar en general, para que sus noticias sobre el tema sean rigurosas y terminológicamente correctas. Nuestra disciplina tiene unas maneras y un vocabulario como lo tiene la medicina o la economía; por ello, como dicen algunos, no es pedante utilizar las palabras adecuadas cuando nos referimos a las cosas de la mar. De lo contrario se corre el peligro de no informar, pues, no es posible decir que un barco fondeó en tal o cual muelle de un puerto, como escriben constantemente, cuando lo que hacen los buques en los muelles es amarrarse. El asunto es hace más grave cuando se informa sobre accidentes marítimos, pateras, costas, o derecho marítimo; la mayor parte de las veces se crea mucha confusión al lector. Por eso, es necesario que los medios cuenten también con periodistas a los que les guste la mar, y por lo tanto la estudien y profundicen en ella; máxime, en un lugar rodeado de agua por todas partes, en el que la mar y la navegación ha sido su fuente de vida, y por él ha pasado gran parte de su historia.